

Era un vehículo terrestre de varios ejes, cilíndrico, como un avión sin alas y de color amarillo. Para subir a la cabina había que escalar una altura considerable y por encima aún tenía un piso más para las habitaciones privadas. Debía de medir entre treinta y cinco y cuarenta metros de largo y desde el piso superior al suelo tal vez unos ocho metros. El vehículo estaba estacionado en el centro mismo de una calle de una zona industrial del extrarradio, donde se suponía estaban terminando de montar los últimos detalles. Aún estaba despojado de mobiliario y su interior todavía semejaba a una casa vacía, pero era estupendo pasear por él, comprobando las dimensiones e imaginando el poderío que debían de desarrollar sus motores, que no tardaría en probar.

Estaba recogiendo algunos papeles que había por el suelo cuando ví que, después de saludarme, un par de operarios de la empresa que estaba rematando la carrocería subían al piso superior. Uno de ellos, el más pequeño, se me quedó mirando un rato y creí reconocer en sus rasgos a un antiguo compañero del servicio militar con el que había trabado una cierta amistad pero que de vuelta a la vida civil había tenido serios problemas con la heroína y yo me alejé de él por pura comodidad. Las drogas duras nunca habían formado parte de mi historia.

Y yo ahora no era más que un tipo discreto que en ese momento de su vida por fin había podido permitirse el placer de poseer el vehículo que quería, aunque fuera desproporcionadamente grande para una persona sola. Una de las puertas traseras se abrió y me asomé desde la cabina para ver quién andaba por ahí. Dos siluetas estaban husmeando desde la puerta entreabierta. Me levanté y fui hacia allí. Eran dos chicas jovencitas que a esas horas de la mañana deberían de estar en clase. No se puede pasar, les dije. Una de ellas, la más decidida ya había abierto la puerta del baño más próximo a la puerta y se disponía a meterse dentro. No se puede entrar, le dije pero no me hizo caso. No puedes entrar, le repetí pero ella, ya desde dentro del baño, empezando a cerrar la puerta, me dijo: Pero si ayer nos dejaron entrar. ¿Quién te dejó entrar? Me miró un poquito desafiante y me dijo, mi padre, y después me preguntó directamente ¿Y tú quién eres? Soy el dueño de esto, le contesté. ¡Vaya! exclamó y, con pereza, desgranó una fórmula social: ¿Puedo usar tu baño un momento? Su insistencia, que no parecía tener marcha atrás, me desarmó por aburrimiento. Vale, puedes usarlo. La otra chica, que hasta entonces apenas se había asomado, al ver que la primera cerraba la puerta de la cabina del baño, entró más decidida y se apostó junto a la puerta, mirándome mientras mascaba un chicle. Era más gordita y menos agraciada que su amiga descarada, que en ese momento debía de estar meando en mi retrete. ¿Por qué las amigas de clase baja siempre son tan asimétricas? pensé. No conozco ninguna pareja de amigas de esta edad que las dos sean guapas o que las dos sean delgadas. Es extraño.

Seguí ocupado recogiendo cosas para que todo estuviera ordenado cuando los operarios remataran la faena cuando la chica guapa salió del baño. Como yo estaba lejos, cerca de la cabina de pilotaje, me preguntó en voz alta ¿Cuánta gente va a vivir aquí? Yo le dije que estaba pensado para cuatro, pero lo cierto es que en ese

momento mi vida estaba tan vacía como el interior del vehículo. Pues yo creo que es perfecta para dos, me dijo. Yo valoré su respuesta y mirando el espacio me imaginé con alguna de mis parejas anteriores haciendo vida allí y me pareció demasiado grande para dos personas. Se lo dije. Pero ella no se conformó con mi respuesta e insistió: Esto para una pareja es perfecto.

Los operarios me llamaron del piso de arriba y pasé delante de las dos amigas para subir la escalera que estaba justo detrás del baño. Permiso, les dije un poco irónico. La parte de arriba del vehículo conservaba la forma cilíndrica del exterior pero arriba, a ambos lados de la larga habitación tenía una estructura de madera muy bonita, para servir de armario y estantes. Alguien había puesto allí un par de plantas. Las ventanas no eran muy grandes, por seguridad, pero el espacio interior era tan diáfano y hermoso que no hacía falta pensar en las vistas. Las vistas las veríamos cuando llegáramos a los lugares y no desde el interior del vehículo. La idea era que el vehículo fuera un poco almacén, sala de estar, dormitorio, pero que la vida se hiciera fuera, en una carpa que se desplegaba desde el fuselaje hasta el suelo.

Los operarios que (había oído que) me habían llamado desde arriba en realidad estaban en un andamio, fuera, trabajando en el acabado de una de las ventanas de la proa, así es que me acerqué a la ventana para hablar con ellos desde el interior. Estaban revistiendo el marco de la ventana con una tela roja y azul, que me recordó a la bandera de Chile, y querían preguntarme algo sobre el acabado. El que se asomó desde fuera era mi antiguo amigo, que me preguntó directamente ¿Tú eres Luis Pita? Yo le contesté que sí. Él se presentó, por si no lo había reconocido. Y yo le contesté que sí, que sabía que era él. Mientras hablaba con él me di cuenta que la altura al suelo era impresionante desde allí. Detrás de él aparecieron las dos chicas que se habían subido también al andamio, divertidas, como para demostrarme que ellas iban y venían por allí a su antojo. ¿Ya las conoces? Y mientras seguía ajetreado con la tela de la tapicería, me señaló con la barbilla a la más gordita de las dos. Es mi hija. Me dijo, entre divertido y orgulloso. Percibí que en ese presentarme a su descendiente había un extraño reproche indirecto, hacia mí: “¿Ves como rehice mi vida?”

Saludé a la gordita con la cabeza pero sin embargo pensé, estamos de suerte, la guapa no es su hija. Así que después de cruzar una sonrisa con la gordita observé a la amiga guapa más detenidamente, estaba de pie, al lado de su amiga, mirándome divertida. Valoré las posibilidades que tendría de estrenar el vehículo echándole un buen polvo.

.

.

.